
MESA REDONDA

¿Por qué cayó
Cartagena
en 1697?

PARTICIPANTES

José Vicente Mogollón

José Manuel Serrano

Julián Ruiz Rivera

Germán Téllez Castañeda

INTRODUCCIÓN

Rodolfo Segovia Salas

Para poner el tema de esta Mesa Redonda en contexto, haré un breve repaso de la cronología de los eventos ocurridos en Cartagena entre 1696 y 1697. A continuación, cada uno de los participantes hará una breve presentación de su punto de vista.

En julio de 1696, Jean Bernard Louis Desjeans, barón de Pointis, el ministro francés de marina y el mismo Luis XIV, decidieron montar una expedición hacia una ciudad de América, que poco a poco se fue concretando en Cartagena. Por esa época, los espías españoles en la corte francesa eran muy competentes y descubrieron el complot. Dieron aviso al gobernador de Cartagena, Diego De los Ríos y Quesada, de que ese ataque era posible y que, por lo tanto, tenía que prepararse. De los Ríos comienza a hacer gestiones, la primera de las cuales era conseguir recursos. Como había en Santafé un situado atrasado, procedió a solicitárselo al entonces presidente de la Real Audiencia, Gil Cabrera.

En enero de 1697 Pointis zarpó de Brest y se dirigió a la isla de Santo Domingo a buscar aliados para la aventura. Pronto reclutó a los filibusteros de Haití, y específicamente del gobernador Ducasse, y a fines de marzo zarparon hacia Cartagena. Los efectivos que llevaba Pointis eran unos mil soldados y mandos franceses, ochocientos filibusteros, mil setecientos marinos y, aproximadamente, cuatrocientos auxiliares. Los barcos que se avistaron en Cartagena, cuando finalmente llegaron frente a la costa, eran veintinueve, de los cuales, sin embargo, solamente seis eran lo que podía llamarse navíos de línea, barcos de más de cincuenta cañones.

El 8 de abril fueron avistados en la costa de Galerazamba, y el 13 de abril se hicieron presentes en la muralla de la marina y comenzaron a bombardear a Cartagena, intentando desembarcar. Pointis observó en ese momento la resaca de esa playa —la resaca por donde hoy pasa la Avenida Santander— y se percató de que no existía una playa allí, sino que el agua daba contra la muralla. Se dio cuenta de que el mar allí era invencible y decidió entonces atacar a San Luis de Bocachica. El 15 de abril se inició el ataque. Al día siguiente los atacantes se tomaron la entrada a Bocachica. El 20 de abril se tomaron a San Felipe. El 30 de abril entraron a Getsemaní. Y el 4 de mayo capituló Cartagena. Ese mismo día se podían ver ya las columnas de los refuerzos que el gobernador había solicitado al interior de la provincia —Mompox, fundamentalmente—, pero que llegaron también de varias partes de la provincia. Venían unos mil ochocientos hombres al rescate de Cartagena, a reforzar a Cartagena, el día de la capitulación, cuando ya los franceses se habían apoderado de la ciudad.

Prontamente, el 7 de mayo, el gobernador De los Ríos salió de la ciudad con armas y bagajes y un tren de petacas, unas cuarenta petacas de su equipaje personal. Entre el 25 y 30 de mayo zarpó Pointis, llevándose unos veintidós o veintitrés millones de pesos. Ese mismo día, los filibusteros, que no habían quedado contentos con el acuerdo hecho inicialmente con Pointis —el 10% del primer millón y luego el 3% de lo que se recogiera— volvieron sobre Cartagena y ahora le sacaron hasta el último clavo. El 3 de junio se retiraron los filibusteros porque pensaban que una armada de Inglaterra, entonces aliada de España, se acercaba a Cartagena. Y al retirarse los filibusteros, esa misma tarde, la chusma de Cartagena saqueó lo que quedaba. Y allí concluye este breve recuento: De los Ríos supo a tiempo que lo iban a atacar, tuvo recursos con que defenderse, sabía también que llegarían refuerzos. Las preguntas son, entonces, ¿por qué ocurrió todo esto? ¿que hizo que, finalmente, Cartagena cayera?

José Vicente Mogollón

Pienso que hay que invertir la pregunta de por qué cayó Cartagena. En vez de preguntarnos por qué cayó, conviene formularnos la pregunta de cómo hubiera podido resistir la ciudad. La respuesta es que no había cómo defender la plaza; su caída, dadas las circunstancias políticas económicas y militares, era inevitable. Veamos por qué.

Primero, el aspecto político. La pujante Francia de Luis XIV se enfrentaba a la pobre España de Carlos II, la del rey desdichado y hechizado. En el aspecto político y militar, estamos hablando de la Francia de Colbert, del Príncipe de Condé; en filosofía y literatura era nada menos que la Francia de Pascal, Descartes y de los tres gigantes del teatro, Molière, Racine y Corneille.

Francia era militar y económicamente avanzada en comparación con las demás naciones de Europa, que dominaba de lejos y deslumbraba con la figura del rey Sol. En cambio, el Siglo de Oro de España ya se había apagado: de Velásquez, Góngora, Calderón, Quevedo, quedaban apenas sus últimas luces. En materia económica, Francia estaba en pleno vigor. Era el país más rico de Occidente, en plena expansión imperial, con un poder central cada día más fuerte, más concentrado. Su agricultura, su comercio y sus manufacturas estaban en pleno apogeo. En cambio, España estaba arruinada, exhausta y despoblada. Tenía menos de la mitad de la población de la Francia de esa época. El oro y la plata de América, al pasar por España, causaban inflación y revaluación, arruinaba la agricultura y las manufacturas y seguía directamente a los cofres de los grandes banqueros italianos y germanos. En el

aspecto militar, quienes somos discípulos de Liddell Hart valoramos el factor sorpresa, y a pesar de que se habían expedido dos cédulas admonitorias el año anterior, había un factor enorme de abandono e impreparación tanto en la península como en la propia Cartagena. Además, el armamento francés —su artillería, tanto naval como terrestre— era de última factura, plenamente probado en las múltiples guerras de expansión del rey Sol.

Pointis contó con mil filibusteros de Ducasse, debidamente tropicalizados. Luego es seguro que la complicidad del gobernador De los Ríos, de Santaren y de otros defensores tuvieron mucho que ver para frustrar la heroicidad de un don Sancho Jimeno. En todo caso, quienes no estaban comprados estaban neutralizados por el factor oportunismo, pues veían en Luis XIV a su posible futuro empleador. Ya desde 1686 se sentía la presión de Luis XIV en Madrid para quedarse con el trono de España.

Luego hay que mencionar el factor numérico: eran cinco mil atacantes contra una población de seis mil almas, con una pequeña proporción de hombres de armas. Los atacantes, por lo demás, llegaron a bordo de veintinueve barcos, de los cuales seis eran navíos de línea, además de fragatas, lanza bombas, buques de transporte y más de quinientos cañones modernos. La moral es fundamental en la guerra y la de los franceses estaba en su punto más alto, en fuerte contraste con la de los defensores de Cartagena. El barón de Pointis era un militar muy prestigioso. Luis XIV, personalmente y la propia monarquía francesa, eran socios de la aventura. Ducasse, gobernador de Santo Domingo, era temido en todo el Caribe español.

El ataque de Pointis se llevó a cabo con gran eficiencia. El barón llegó y gastó medio día en inspeccionar el sector de murallas frente a lo que es hoy la Avenida Santander, frente al Baluarte de Santa Catalina. Con seguridad se dio cuenta de que el señor mar era allí difícil de dominar. Siguió a Bocachica, procedió en-

seguida a atacar y se demoró muy poco tiempo en tomarse los fuertes. Las enfermedades, aliadas como siempre de los defensores, no tuvieron tiempo de tener efecto. No obstante, cuando ya estaba a punto de partir, a Pointis se le alcanzaron a morir algunos centenares de hombres. Ya iba, sin embargo, de salida triunfal; de modo que la velocidad con la que actuó fue decisiva.

Conviene ahora hacer un breve contraste entre esta campaña victoriosa de Pointis con la “Gran Expedición” de Inglaterra contra Cartagena, cuarenta años más tarde. En primer lugar, durante los años de 1739 a 1741, a diferencia de finales del siglo xvii, España tuvo un liderazgo efectivo en Madrid y las reformas borbónicas habían sido exitosas. Segundo, la plaza estaba preparada. La declaratoria de guerra de Inglaterra había tenido lugar en octubre del 1739, y los españoles habían colocado espías, tanto en Londres como en Jamaica y en otros sitios claves, quienes estaban pendientes de los acontecimientos. De manera que, al producirse el ataque del Almirante Vernon, ya los españoles sabían lo que se venía. Durante todo el año de 1740, el ejército inglés, que era muy pequeño, hizo entrenamientos y preparativos en la isla de Wight; se conocía el tamaño de las compañías de las colonias inglesas de Norte América; se tenían detalles de la fuerza naval de la Gran Expedición. Así, cuando llegaron frente a Cartagena, en marzo de 1741, ya se sabía, inclusive, que habían reeditado unas doce veces los panfletos de Pointis. Los ingleses habían aprendido de memoria como había sido el ataque de Pointis, tenían un plan para su campaña y los españoles, en consecuencia, tenían su defensa ya organizada. En tercer lugar, en 1741, Francia respaldaba a la España de Felipe v y había un liderazgo moral muy fuerte en las personas del virrey Eslava, de Blas de Lezo y de militares tan capaces como Carlos Desnaux. Esa gente, muy capaz, se enfrentaba al irascible y petulante Almirante Vernon, a quien le decían Old Grog, por aquello del ron, y

al incompetente general Wentworth, quien sucedió al anciano Lord Cathcart.

De modo que podemos decir, al hacer el contraste entre la Gran Expedición de Vernon y la campaña de Pointis, que guerra avisada...; y que a perro macho...

José Manuel Serrano Álvarez

La historia militar está llena de casos en los que se muestra la debilidad intrínseca de las defensas estáticas frente a un ataque bien coordinado y organizado. En las Indias, aunque los españoles se afanaban por construir cada vez más y mejores fortificaciones, y aunque está fuera de toda discusión que, en general, contribuían a aumentar las posibilidades de una exitosa defensa, lo cierto es que, en términos tácticos, sólo fueron útiles en la medida en que eran bien defendidas por unas tropas también correctamente dirigidas. Este cuestionamiento previo es útil, porque tradicionalmente se ha dado a las defensas estáticas un papel sobredimensionado, ignorando la mayoría de las veces lo que yo llamo el *factor humano*.

En efecto, los hombres son más fundamentales que las piedras y los fortines, pues deciden, con su aguerrida defensa, el éxito o fracaso de una misión. Esto ha sido ignorado sistemáticamente en la historia militar de las Indias, porque la concepción orgánica de la defensa se ha materializado en los soportes perceptibles y visualizables. Es decir, ha primado una visión materialista de la defensa. En este sentido, la defensa que se hizo de Cartagena de Indias en 1697 también ha sido idealizada por no pocos historiadores, que han cargado de manera reiterativa el fracaso en el comportamiento del gobernador De los Ríos y en las defensas estáticas. Mis trabajos previos y los análisis que he hecho sobre la administración militar de la ciudad en las décadas precedentes al ataque demuestran que el sistema defensivo local había quedado colapsado mucho antes de que aparecieran por el puerto las velas de Pointis en 1697.

La crisis hacendística local, la contracción de los ingresos por la disminución en la llegada de los galeones de España y la irregular llegada de los situados, creados en 1672 para cubrir el déficit de la hacienda local, habían dejado el sistema defensivo local en una profunda crisis desde una década antes del ataque. Mi tesis, por tanto, es que aunque el gobernador hubiera tenido todo el interés y la habilidad táctica necesaria para defender la ciudad, ésta habría sufrido el mismo final. Y esto lo apoyo en las siguientes consideraciones:

1. Las defensas amuralladas de la ciudad estaban virtualmente abandonadas desde 1689, cuando los recursos económicos destinados a las fortificaciones, y que eran esencialmente los provenientes de los ingresos que se recaudaban tras la llegada de los galeones, se hicieron tan paupérrimos que prácticamente dejaron de existir.
2. Desde 1686 la defensa naval había dejado de existir como primera línea de defensa frente a un eventual ataque exterior. El fracaso en la empresa naval contra el corsario Lorenzillo quemó literalmente todos los últimos recursos humanos y materiales de la defensa naval. Desde ese momento, Cartagena no sólo no tuvo la posibilidad de defenderse frente a un ataque de envergadura, sino que a duras penas podía sufragar una pequeña embarcación para vigilar sus costas frente al contrabando. Sin esta primera línea de cobertura, Cartagena tenía nulas posibilidades de sobrevivir frente a un ataque bien coordinado.
3. La guarnición de la ciudad, que en teoría debiera haber constado de unos 500 hombres, apenas si contaba en 1697 con 100. Ésta es la clave del fracaso. Los soldados no estaban por la labor de mantenerse como pordioseros a la espera de cobrar alguna limosna de sus capitanes. El colapso de la ha-

cienda local, pese a estar subsidiada por los situados, hizo inviable la creación de un sistema presidial local coordinado y eficaz. Las milicias tampoco servían de mucho en una época en que su nivel de entrenamiento previo era nulo, y eso sin tener en cuenta el desgano generalizado de servir a las armas del Rey. Sin una guarnición decidida y numerosa cualquier defensa estaba destinada a fracasar. Incluso un hombre tan poco dotado para la defensa como De los Ríos, admitiendo además la posibilidad de su falta de moralidad y vigor, podría haber hecho mucho por la ciudad de haber contado con una guarnición completa y bien armada. De los Ríos sencillamente se encontró con una conjunción inviable para él: poco talento, escasos medios materiales, penosa disposición amurallada y casi nula guarnición.

4. No hay que olvidar que el que ataca también cuenta. Y Pointis vino a Cartagena decidido a tomarla, con un bien nutrido grupo de secuaces y soldados, bien armados y pertrechados, con un número muy alto de embarcaciones de gran bordo, y además —probablemente lo más importante— con una idea clara de cómo atacar la ciudad. Aunque no lo he podido probar —probablemente nunca se podrá— tengo la convicción de que Pointis sabía perfectamente cómo se encontraba la ciudad y su estado real de defensa. En una época en que el espionaje era esencial, es muy posible que hubiera contado con ayuda en este sentido, en forma de privilegiadas noticias acerca de lo fácil y jugoso que podría ser un ataque sobre la ciudad precisamente en ese momento.

No me cabe ninguna duda, por consiguiente, que la empresa de la defensa de Cartagena era, en 1697, poco menos que una quimera. Aunque se ha achacado al gobernador todos los males y vicios mundanos, en un intento simplista de señalar a una sola

persona como la culpable de la situación, lo cierto es que, tal como se hallaba el sistema defensivo cartagenero en 1697, cualquier otro gobernador hubiera sufrido el mismo final. Con un poco más de talento e iniciativa podría haber sostenido, tal vez, algún tiempo más la plaza, pero Pointis se plantó demasiado bien organizado en una ciudad muy poco dispuesta física y moralmente a una victoriosa defensa: el resultado no hubiera cambiado un ápice.

Julián Ruiz Rivera

En alguna medida, esta mañana, en mi presentación, he avanzado algo sobre las responsabilidades en la caída de Cartagena. Se distinguen, sin duda, razones inmediatas y motivos remotos o de largo alcance. Entre las razones inmediatas cabe incluir al gobernador, que tuvo una responsabilidad muy directa, conforme a casi todas las fuentes, en no haber tenido el espíritu de resistencia y de combate suficiente, porque ya se sabe que quien resiste gana. Las condiciones no eran muy favorables frente a una fuerza de asalto muy superior, pero habiendo tenido la voluntad de resistir, quizás hubiera dado tiempo a recibir alguna ayuda, que de hecho llegó cuando acababa de rendirse la plaza. No parece que haya duda sobre esa cobardía, que fue incluso denunciada por los subalternos que estaban mucho más dispuestos a combatir que el propio máximo responsable, el gobernador Diego De los Ríos.

Por tanto, hubo esos motivos pero cabe encontrar unas causas más remotas a lo largo del siglo xvii. Una que puede ser más de tipo moral es el olvido de la historia que nos hace cometer los mismos errores. Cartagena vivió muy afectada a finales del siglo xvi y comienzos del xvii por la obsesiva preocupación, que se refleja en la documentación, concretamente en la correspondencia de gobernadores, por evitar que la toma de la ciudad por Drake se repitiera. Cuando habían pasado más de 100 años, parece que aquello se había olvidado o la población y los gobernantes se habían habituado a convivir con la presencia de extranjeros y defraudadores por las costas y ante los avisos, durante los años setentas y ochen-

tas, de que se preparaban flotas enemigas, que estaban en la actual Haití, lo que era Saint Domingue, no se reaccionaba.

Entre esas causas remotas podemos distinguir indudablemente una insuficiente o deficiente dotación militar a lo largo del siglo. El tamaño del presidio a principios del siglo xvii se situaba en unos 200 hombres, más las compañías milicianas en número de seis. En 1626 se siguió dando la misma cifra de 200 hombres de presidio, pese a que se había solicitado que se aumentaran a 500. En 1638 hubo un alarde —como una apuesta a punto de toda la ciudadanía y del presidio— que reunió 1.340 hombres en armas, de los cuales 344 eran los integrantes del presidio. A mediados del siglo, en 1654, el tamaño se había incrementado un poco, pues alcanzaba 425 efectivos. Como mencioné en mi ponencia esta mañana, el censo de pobladores de 1661 únicamente registra 92 integrantes de la guarnición, lo cual revela ciertos altibajos. En 1670 dicen las fuentes que no llegaban a 170, ni 40 por compañía. Se puede con ello ir observando el deterioro en algunos periodos. Por tal motivo, se realizó un censo de toda la población conventual para saber cuántos componían las comunidades religiosas y con cuántos esclavos y sirvientes de los conventos podían contar para la defensa. Con los datos obtenidos se elaboró un plan de distribución de efectivos en los distintos barrios de la ciudad, asignando a cada uno sus capitanes. En 1677 se registraron cuatro compañías con 418 miembros teóricos, pero sólo 209 de hecho, de los que hubo que descontar enfermos y asignados a otras tareas en Tolú o Mompo, para entrenamiento de gente o para hacerse cargo de determinados puestos, hasta quedar sólo 103 útiles en condiciones de defender la ciudad.

Y, todavía más adelante, se vuelve a incidir en el escaso número de defensores, mezclándolo con aspectos morales, pues para lo primero se dice que había 150 hombres y para lo segundo, que “están tan enviciados en las cosas del contrabando que

son los instrumentos de la meteduría dejándolos introducir por cualquier parte o puesto de esta ciudad, por cualquier cantidad que les dan y si los envían en piraguas a evitarlos, aunque encuentren las canoas de ropa, las dejan pasar sin descaminar a ninguno”. En los años ochentas se habla apenas de 265 teóricos de guarnición, de los que sólo quedaban disponibles 141, así que no se cumplían ni de lejos las predicciones para esa defensa, existiendo motivos para el desánimo en lo económico, porque no cobraban a tiempo y se veían obligados a desertar para dedicarse a otras tareas con que ganar el sustento. El espíritu militar brillaba por su ausencia.

En otro orden de cosas, durante largos periodos y en los años inmediatamente anteriores al asalto estuvieron caídos importantes trozos de muralla. Junto a esa falta de preparación hay que tener en cuenta el mal gobierno y la corrupción, que afectaban a la moral de la tropa y a la moral ciudadana. Por un lado estaba la venta de cargos. Al gobernador Diego De los Ríos le costó el puesto de gobernador 6.500 pesos. En otros casos, como el del gobernador José Daza Guzmán, el puesto era un beneficio a cambio de los servicios prestados en los campos de batalla europeos, lo que condicionaba el ejercicio del poder. Además, a esto se unía la corrupción, sobre todo en la tolerancia del tráfico ilegal de esclavos a cambio de sobornos en dinero o en mercancías, que alcanzaban a todas las capas del estamento militar, desde el máximo responsable hasta los cabos y soldados a cambio de la introducción de mercancías de noche.

Pero faltaba, sobre todo, ese espíritu de resistencia, si comparamos este asalto con el de 1741, pues en esta última fecha las condiciones fueron favorables porque hubo gente con arrestos y con valor para resistir y para jugarse la vida. Quizás eso es lo que no existió en 1697. Como premonición de lo que iba a suceder, en 1677 el inquisidor Álvaro Bernardo de Quiroz dijo esto:

Glórianse de que empapelan diligencias para justificarse con muchos que tienen la manga y que no faltan para semejantes maldades, de que quise prevenir a Vuestra Excelencia, por lo que puede aprovechar y esté en inteligencia Vuestra Excelencia que esto no ha de cesar mientras no viniere de esa Corte el remedio, pues ellos mismos dicen que ya no puede ser más negro el cuervo que las alas y pongo en la consideración de Vuestra Excelencia que, aunque los desórdenes son muchos, es lo más sensible hayan enseñado a nuestros enemigos las entradas de los esteros, por donde vienen los víveres a la ciudad y del dique por donde suben y bajan las canoas del reino, porque lloraremos, si Dios no lo remedia, más pérdidas aquí que en el río de Chagre.

Nada menos que veinte años antes se habían anunciado las terribles consecuencias que podían producirse y que de hecho llegaron a ocurrir.

Germán Téllez Castañeda

Podríamos pasar largas horas discutiendo la posible o real debilidad militar de Cartagena en la época del asalto del barón de Pointis. Esto ha sido tratado extensamente por los cronistas de la época y todavía hay dudas y especulaciones sobre sí, realmente, se presentó un clima de pánico, de debilidad militar, de corrupción administrativa. Ésos son factores muy difíciles de evaluar a posteriori. Lo que cabría señalar es la ausencia o presencia en una ciudad abocada a un asedio militar de lo que podríamos llamar una conciencia colectiva de ciudad o defensiva de ciudad. Esa fe defensiva es la que ha marcado en muchas ocasiones, a través de la historia, la diferencia entre el éxito o el fracaso de un asedio. Una fe defensiva formidable, combinada con una actitud militar singular en sus defensores, se presentó, por ejemplo, en la defensa del Alcázar de Toledo en 1936, durante la Guerra Civil Española. Allí había una circunstancia adicional: los atacantes eran quienes carecían de esa fe y estaban notablemente desorganizados y antagonizaban entre sí; los defensores, por su parte, tenían todo a su favor, sin saber si realmente les llegaría el socorro que eventualmente los puso a salvo, lo cual significaba que, en última instancia, nada más tenían qué perder, excepto sus propias vidas. Pero en otros casos ha ocurrido lo contrario. También durante la Guerra Civil Española, el asedio a un grupo de defensores reducido en el monasterio de Nuestra Señora de la Cabeza terminó en la derrota y el exterminio de gran parte de éstos.

Hay que recordar la ley popularizada por el famoso profesor inglés Parkinson en los años 70, según la cual, cuando se termina

una fortificación ésta ya está obsoleta. Es decir, no sirve para nada. Y si repasamos la historia de las fortificaciones en general en el mundo, se verá que la Ley de Parkinson, lejos de ser una broma del profesor, comienza a tener un fuerte y comprobable respaldo circunstancial. Al terminar, al comienzo del siglo XIX, el prolongado esfuerzo fortificador de Cartagena se ajusta a lo dicho por Parkinson, “los vientos de la historia se han ido a soplar en otros lugares y en otras direcciones”. Todos los continentes se han ido poblando de fortificaciones inútiles, fantasiosas o simplemente surrealistas, desde la Gran Muralla China hasta las líneas Siegfried y Maginot, desde la muralla fronteriza entre Anglia y Scotia hasta La Ferrière, en Haití. La obsolescencia de toda obra fortificadora no es un asunto discutible sino un rasgo inherente de éstas, una característica que se tiene por definición. La historia simplemente corrobora esto.

Antes, José Manuel Serrano mencionó uno de los casos modernos más protuberantes de esa obsolescencia, ese absurdo o esa inercia ideológica que supone una fortificación compleja, como es el conjunto o complejo defensivo de la frontera belga con el territorio alemán, en Eben Emael. Esto puede muy bien ser el colmo del ridículo o el absurdo militar, —ridículo sangriento, desde luego—, válido para el siglo XX. En 1940, las cúpulas inmensas de concreto de Eben Emael, equipadas con grandes cañones, fueron atacadas por destacamentos muy pequeños de paracaidistas alemanes (no mayores de 20 integrantes cada uno) provistos de explosivos, dejados caer con casi total impunidad sobre las fortificaciones desde antiguos aviones (trimotores Junkers de los primeros años treinta). El clímax del ridículo fue alcanzado por los comandantes de dos de los fuertes de Eben Emael al pedir telefónica y desesperadamente a las otras baterías blindadas e inmediatamente vecinas, del mismo sistema de fortificación, que bombardearan las cúpulas sobre sus propios compa-

ñeros militares para intentar destruir los puñados de paracaidistas alemanes que estaban intentando penetrar a las casamatas belgas abriéndose paso por los sistemas de ventilación. En dos casos el bombardeo de una fortificación a su inmediata vecina fue muy eficaz, logrando el colapso parcial de las cúpulas de concreto sobre los defensores, sepultándolos vivos en gran número.

Algo similar ocurrió, también en la Segunda Guerra Mundial, en una isla fortificada integralmente que comenzó siendo, en el siglo xvii, la fortaleza colonial española de Corregidor, en la bahía de Manila, en las islas filipinas. Los ocupantes norteamericanos del siglo xx habían extendido y reforzado las fortificaciones españolas, convirtiéndolas en un vasto monstruo de concreto, debajo del cual creían estar a salvo de cualquier ataque de artillería moderna. La artillería pesada *naval* japonesa había sido elaborada para la Segunda Guerra Mundial con avanzada tecnología alemana, lo que permitía vaticinar qué iba a pasar en el ataque a Corregidor. Al cabo de un par de semanas de incesante bombardeo, los atacantes japoneses descubrieron —quizá por ensayo y error— la fórmula para quebrar la considerable resistencia de las fortificaciones de Corregidor, la cual no fue otra que la del barón de Pointis en Cartagena: concentrar el fuego de artillería en un solo punto para abrir una brecha y quebrantar así la integridad de la estructura de concreto, creando a la vez, mal que bien, un punto de entrada para una eventual ataque de infantería. Algo similar ocurrió a través de la historia militar, innumerables veces.

Ejemplo de esto sería, como todos los aquí presentes lo han leído y lo han visto en televisión o en cine, el célebre conjunto de fortificaciones apodado “Muro del Atlántico” de Adolfo Hitler (que ni era un muro continuo ni daba hacia el Atlántico), en la costa de Normandía, en 1944. La concentración del fuego naval, a un solo punto, para abrir paso al ataque terrestre o anfibio, se utilizó con éxito en las playas del desembarco aliado, particularmente en

Omaha (ejército norteamericano) y Juno (ejércitos inglés y canadiense), de suerte que, en el fondo es una historia que se repite, pero no es en sí, nada novedosa. Ese “descubrimiento” relativamente tardío del barón de Pointis indica que éste no era exactamente un genio de los asaltos anfibios. No puede ser así pues en Cartagena comenzó equivocándose gravemente en su primer intento, en Playa Grande. El mar allí por poco lo ahoga a él y ahogó, en efecto, el ataque en sí. Luego, decidió atacar al castillo de San Luis de Bocachica, cuando la lógica pedía que no lo atacara, sino que lo sobrepasara, lo cual habría significado para los atacantes, una diferencia logística muy importante: no tendría que gastar en bombardear y reducir el fuerte de San Luis buena parte de las municiones necesarias para atacar la ciudad misma. Según Rodolfo Segovia, la flota de ataque incluía diez bajeles que podrían pasar por ser navíos de transporte, pero ninguno de ellos era muy grande o con gran capacidad de carga: un mercantil, dos barcos de transporte desprovistos de artillería, una galeota, y cuatro pequeñas lanza bombas. Toda esta flota improvisada sólo podría haber cargado una cantidad limitada de municiones. Los cañones son otro asunto. Tiene razón José Vicente Mogollón en señalar la superioridad teórica de la tecnología artillera francesa en la época, pero ¿cuántos de esos cañones franceses de alta calidad trajo al Caribe el barón de Pointis? Por otra parte, lo grave o decisivo en un ataque con artillería, desde alcances comparativamente cortos, como fue el de Cartagena, es la cantidad y calidad de las municiones. Es posible que los atacantes hayan recuperado cierto número de proyectiles sólidos en buen estado, dentro y fuera del fuerte de Bocachica para suplementar las que llevaban para disparar hacia el recinto amurallado de Cartagena.

Una segunda distracción: el ataque al castillo de San Felipe de Barajas. Según las crónicas de la época, San Felipe de Barajas no tenía artillería, pues todo lo que había allí eran dos cañones pedre-

ros. San Felipe no representaba un inconveniente táctico terrible para el ataque por tierra a Cartagena. No era estrictamente imprescindible reducir la fortaleza para atacar el recinto amurallado, sin embargo, los atacantes hacen un esfuerzo decidido para reducir a los defensores del fuerte, disparándole a éste cierta proporción de municiones de artillería. Todo esto se suma para que, en el momento de asediar el recinto amurallado dispongan de muchas menos bombas o proyectiles sólidos. Sólo entonces se les ocurre —y esto sí es una inspiración—, disparar cañonazos concentradamente a la portada del baluarte de la Media Luna. Una portada, es decir, un acceso, en un paño de muralla es, por inevitabilidad estructural, el punto más débil de toda la fortificación, puesto que para lograr el efecto de adosar la portada arquitectónica hay que romper necesariamente la integridad estructural, es decir, la ingeniería de la muralla en la cual se apoya. Ahí es precisamente donde se produce el problema de una debilidad estructural inherente. En efecto, la portada de la Media Luna se derrumbó ante el cañoneo de los franceses y el relleno de tierra del baluarte a espaldas de ésta se derrumbó junto con ella, cegando el foso situado delante del paño de muralla. Los parlamentarios franceses atravesaron así el foso, sin mojarse las botas, para tratar con los defensores cartageneros una eventual rendición de la ciudad. Estaba creado el punto débil por donde el ataque de infantería francesa podía entrar y en efecto, entró a Cartagena. Este acierto militar se produce después de tres errores previos. Esto corresponde, más o menos, al porcentaje táctico promedio enunciado así: para que tenga éxito una maniobra militar, hay que intentarla en total cuatro o cinco veces. Ésta sería otra razón más para creer que el desarrollo histórico tiende a respaldar la metodología militar del ensayo y error de un modo sospechosamente constante.

Por otra parte, se ha hablado y escrito mucho sobre la política defensiva en Cartagena, durante el periodo colonial, y en par-

particular sobre la tendencia a plantear fortificaciones aisladas, cada vez a mayor distancia del recinto amurallado. La historia enseña que las fortificaciones en lejanía de las ciudades que se trata de defender han sido un solemne fracaso. Durante la Segunda Guerra Mundial, los estrategas japoneses decidieron implantar puntos defensivos a distancias fabulosas de su propio territorio doméstico: que había que defender al propio Japón en las islas Salomón, en las Marianas, en las Marshall, en las Palaus, a casi siete mil kilómetros de Tokio. Todo esto resultó un doloroso fracaso, pues era posible, con la tecnología del siglo xx y la capacidad industrial norteamericana, sobrepasar uno por uno esos obstáculos aislados y asediar eventualmente al Japón mismo.

Rodolfo Segovia Salas

Voy a hacer un muy breve resumen de las argumentaciones que han presentado los ilustres panelistas.

Comenzando quizás con el concepto de que el milagro hubiese sido que la ciudad resistiera, entre otras cosas, porque el entorno le era desfavorable, Francia en alza, España en baja y la moral de Cartagena peor. Luego hay el tema de la impreparación, no sólo por la ruina en que se encontraban las murallas, sino por el hecho de que ninguna fortificación vale nada sin el arrojo y sin la voluntad de la guarnición y detrás de esa voluntad de resistir, pues, está naturalmente lo que se ha llamado la conciencia colectiva, o sea que la ciudad misma y la gente de la ciudad no querían resistir. Luego está la falta de la plata, aunque sabemos que Pointis se llevó trescientos mil pesos de las cajas reales, con lo que por lo menos, hubieran podido arreglar las cureñas, herrar las cureñas de Cartagena, cosa que resultó realmente fatal para la defensa, por que cada vez que disparaban un cañón dos o tres veces, se rompía la cureña y se quedaban sin cañón.

Me voy al tema de la corrupción, al mal gobierno, la facilidad del espionaje, la insuficiencia de las tropas. Evidentemente de las plantillas de Cartagena sabemos que podían ser cinco compañías, o por lo menos cuatro compañías en el momento del ataque. Nos dice José Manuel Serrano que no había sino doscientos hombres y aseguró que los otros doscientos cincuenta estaban cobrando sueldo y no existían.

También hay el tema de que el que no aprende de la historia, pues la sufre, y el último ataque a Cartagena había sido el del

Drake en 1586. La ciudad había ido a lo largo del siglo xvii perdiendo conciencia de la posibilidad de que la fueran a atacar y quizás ni lo creía.

Y luego el concepto, lo que es más debatible, de la obsolescencia de cualquier fortificación. Estamos en momentos quizás cumbres de la fortificación plenamente abaluartada y se esperaba que se abriera brecha en la muralla. Efectivamente, la concentración del fuego iba a producir ese resultado.

Ésos quizás son los argumentos centrales. A mí me ha dejado atónito que contrario a lo que el fiscal que le siguió la causa a De los Ríos, quizás porque entonces necesitaban un chivo expiatorio, no hubiese mencionado que la responsabilidad primera quizás recae con el gobernador, quien se fue de retirada en retirada, hasta la derrota final. Nunca hubo realmente un frente, salvo en situaciones individuales excepcionales como la de Sánchez Jimeno en Bocachica, o la del comandante Palma en la Popa, que realmente tratara por lo menos de resistir el enemigo. El gobernador les pidió siempre que se retiraran hasta cuando efectivamente capituló. Pero quiero reiterarles, cuando él llega a Mahates, después de la capitulación con su comitiva, camino de Mompós, llevaba cuarenta petacas en sus mulas. Algunas se mojan en el camino, por que los coge un aguacero y hay que abrirlas y las ropas que estaban encima hubo que ponerlas a secar y debajo estaban los doblones y la contabilidad que se llevó, dos millones de pesos, o sea el 10% de lo que dijo Pointis. Entonces lo único que habría que añadir aquí es que también hay que enjuiciar como enjuiciaron los fiscales de la época a Diego De los Ríos, por la absoluta incapacidad en la defensa de la ciudad.